

bajo muy hermoso con su personaje y vuelve a demostrar que es una excelente primera figura, que Salvador Sánchez se coloca cada día más en su posición de actor y que sólo le falta corregir un poco la dicción, que Alberto Gavira está espléndido en su papel y que la escenografía de Félida Medina es magnífica.

Quizá el OPIC, organismo que maneja el Teatro Antonio Caso, también esté interesado en la contestación de las preguntas formuladas. A quien las conteste se le dará un pase para el Teatro Antonio Caso en noche de lluvia.

6 de julio de 1969

#### AUNQUE PASARAN 1 000 AÑOS

Soy un cronista ingenuo; o más bien, tonto; o más bien, pasado de moda; es decir, que no estoy en onda, en órbita, ni tampoco *in*, que necesito cambio de aceite, que se me bota la canica, que pertenezco a la "momiza", que soy fresa; y todo esto me sucede porque no tomo café en El Perro Andaluz, ni ceno en El Caballo Loco, ni me paseo por Hamburgo o por Génova, ni fumo marihuana, ni aspiro cocaína, ni devoro hongos, ni trago cápsulas, ni huelo thinner, ni emprendo "viajes" en busca de Dios, ni canto canciones de protesta, ni uso *blue jeans* o encajes en la pechera, ni asisto a *happenings*, ni escucho a los Rolling Stones o a The Doors. Y como consecuencia de ello, claro está, no comprendo la pintura de Fernando García Ponce, ni la de José Luis Cuevas; no entiendo cuando leo a Luis Guillermo Piazza o a la China Mendoza; no me río con las Fábulas Pánicas, de Alexandro; no entendí la puesta en escena de *Así que pasen cinco años*, por Julio Castillo. Lo confieso públicamente: estoy completamente *out*. Hace algunos meses quise situarme en órbita, y lo primero que hice fue mandarme confeccionar una especie de casaca de finales del siglo XVIII, una camisa llena de encajes, un medallón con la cruz de Malta, pantalones acampanados como marinero del siglo XIX; dejé de bañarme, y el pelo me caía hasta más abajo de la

nuca. Me sentía en onda. Me compré la última novela de Sergio Fernández, vi un programa de televisión en que aparecían todos los pintores peleándose como colegialas, escuché todo el día “La pantera de la juventud”, me gasté los ahorros de toda mi vida en una noche en el “Forum”, me puse a hacer yoga, fumé un cigarrillo de marihuana que me dejó igual de tonto y sólo me faltaba pasear a las diez de la noche por la Zona Rosa. Me vestí con mi casaca y mis encajes y cuando iba a salir, sintiéndome “chico *in*”, mi hija, que tiene once años, riéndose me dijo: “Papá, tú ya no eres fresa: más bien eres higo”. Repté por las escaleras, me corté el pelo, me bañé, me puse un trajecito gris y una corbata azul, coloqué a Mozart en el tocadiscos y me senté a leer *La dama de las camelias*.

Me resigné a ser higo, aunque sin estar en contra de los “ciruelones”, es decir, de los “chicos *in*”, y que cada quien viviera, se vistiera, bebiera y fumara como le diera la gana. Pero al aceptar esa condición terrestre o pedestre, o sea, sin “estar en onda”, tengo que librarme también de los prejuicios anteriores que me hacían gritar que comprendía todo lo que no comprendía, y declarar que hay cosas que no entiendo. Esta pública confesión va a traerme el desprecio de muchos que reirán cuando yo pase, y me perderán el poco respeto que infundía como cronista, y me verán como un miembro más de la Asociación de Críticos y Ensayistas de Teatro.

Hecha la anterior confesión, y rogando a los lectores que no olviden que soy una mezcla de fresas e higos con crema rancia, puedo decir, ahora sí, ¡y qué descanso siento al hacerlo!, que no entendí absolutamente nada de la puesta en escena que hizo Julio Castillo de la *Leyenda del tiempo*, original de Federico García Lorca, intitulada *Así que pasen cinco años*. No dudo ni por un momento que García Lorca hubiera estado feliz si hubiese podido ver esta dirección de su obra, puesto que Federico (como le dicen los pedantes), fue un “chico *in*” de su época, desde luego con mucho más talento, pero hubiese aceptado lo que hizo Castillo con su obra. Yo lo acepto, pero en mi mediocridad, ceguera, inepticia o como quiera llamársele, no la entendí. Los concurrentes a la inauguración del hermoso teatrillo del Zócalo, que pertenece a la ANDSA (tampoco sé qué es eso), y al OPIC (ignoro lo que sig-

nifican las siglas, pero al menos sé que don Miguel Álvarez Acosta hace una buena labor cultural), los concurrentes a la inauguración, decía, al terminar la representación se quedaron roncos por gritar bravos, y comentaban al salir que Julio Castillo era un genio, porque había llenado la obra de simbolismos profundos y muy importantes. Cuando vi *El cementerio de automóviles*, dirigido por Castillo no entendí nada, aunque no me atreví a confesarlo, pero pude darme cuenta de que este nuevo director teatral tenía talento y una inagotable riqueza imaginativa, impresión que corroboré al verle tres pequeñas piezas en el Festival de Teatro Latinoamericano (¡ésas si las entendí!). Con *Así que pasen cinco años*, la buena impresión se borró un poco, porque me temo que Castillo se repite. Tiene, desde luego, momentos muy hermosos que indican que el talento del director sigue latente, pero no hay en él una evolución palpable de una obra a otra. En lo que toca al “simbolismo”, yo me quedé en Ibsen. Fuera de sus símbolos, no logro captar otros.

Pregunté a varios amigos a la salida del teatro, y cada uno me dio una versión diferente y me tachó de estúpido, cosa que reconozco, porque ni siquiera tengo la imaginación suficiente para elaborar mi propia versión. Yo le hubiera agradecido más al señor que leyó un discurso para inaugurar el teatro y en el que habló de trigo y maíz y de unas bodegas, que mejor hubiese explicado brevemente la simbología que íbamos a ver, o bien que por medio de los altoparlantes (nótese que todavía digo “altoparlantes”), un narrador hubiese ido explicando lo que sucedía en la escena, en lugar de poner unos discos *a go-go*, en inglés, y a tal volumen, que si mis amigos quedaron roncos de gritar bravos, yo quedé totalmente sordo por rotura del tímpano. ¿Encerrará esa estridencia que llevaba a la angustia, un símbolo? Alguien me dijo que, efectivamente, era un “efecto” buscado por el director. Yo pensé que más que “efecto”, era “defecto”, pero eso mejor me lo callo.

De buena gana regresaría a ver de nuevo *Así que pasen cinco años*, pero antes suplicaría a Julio Castillo se siente a mi lado y me vaya explicando los símbolos, previo aviso a la cabina de sonido de que bajen el volumen de los altoparlantes, porque todo el teatro de García Lorca me ha gustado mucho siempre, y desde

que leí esta obra que jamás se representó, le encontré bellezas y simbolismos (sí, simbolismos que en "Federico" sí se entienden), pero ya la versión del nuevo director destruyó la interpretación que yo le había dado, y me interesa mucho saber en qué estaba yo equivocado. ¿Por qué la mecanógrafa (que en la adaptación nunca se sabe que es mecanógrafa) es una anciana? ¿Por qué el viejo se viste de mujer e interpreta la Máscara? ¿Por qué no aparecieron el arlequín y el payaso? Y no sigo, porque son tantos "porqués", que necesitaría todo el Suplemento de México en la Cultura para mí solo. Deben tener paciencia conmigo Julio Castillo y su pléyade de admiradores: recuerden que soy un viejo cáscara y se debe ser comprensivo y caritativo con la "momiza". Tengo treinta y siete años, pero para los "chicos *in*", eso equivale, comparado con ellos, a mil años luz de distancia. Y tienen razón.

Para terminar, unas felicitaciones a Margarita Isabel, Angelina Peláez y Pilar Souza, quienes están muy bien como actrices, sobre todo la primera, y Juan Ángel Martínez y José Luis Castañeda, que de los hombres fueron los únicos que me proyectaron una verdad escénica. ¡Qué viejas suenan estas frases! Ya ni siquiera sirvo para cronista teatral: le pediré a Carlos Monsiváis que ocupe mi lugar. Yo me iré a sentar al parque a darle de comer a las palomas.

13 de julio de 1969

#### A PESAR DEL DIRECTOR

Srita. Beatriz Sheridan  
Teatro Ofelia  
México, D. F.

Mi querida intérprete:

A lo largo de más de tres mil años de literatura han ido surgiendo de la mente de los buenos autores heroínas de ficción que, por su fuerza dramática, por sus rasgos psicológicos, por su identi-